EL BARCO DE VAPOR

serie MINI

Christine Nöstlinger

¡Mini es la mejor!

13ª EDICIÓN

sm

¡Mini es la mejor!

Christine Nöstlinger

TODOLIBRO
CINTHIA CRUZ SEPULVEDA
VON SCHROEDERS 218-5
F-FAX: 990318 todolibro-cruz@hotmail.com

ediciones sm

Primera edición: enero 1995
Décimo tercera edición: diciembre 2004

Colección dirigida por Marinella Terzi
Traducción del alemán: Carmen Bas
Ilustraciones: Christine Nöstlinger, jr., y Bruno Wegscheider

Título original: *Mini ist die Grösste*
© J&V edition, Wien Dachs-Verlag GmbH, A 1153 Wien, Anschützgasse 1, 1993
© Ediciones SM, 1995
Impresores, 15 – Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 84-348-9459-9
Depósito legal: M-46065-2004
Preimpresión: Grafilia, SL
Impreso en España/*Printed in Spain*
Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

es la mejor!

Ésta es Herminia Zipfel. El que todavía no la conozca debe saber lo siguiente sobre ella:

1. Todos la llaman

2. Tiene ocho años y está en segundo.

3. Es muy delgada y muy alta. Pesa cuatro kilos menos de «lo normal». ¡Y eso que le gusta mucho comer!

4. Su hermano se llama Moritz, tiene diez años y no es más alto que Mini. Eso le fastidia.

5. Mini tiene también un gato. Se llama MAUZ.

6. La mejor amiga de Mini es MAXI. En el colegio se sienta a su lado.

7. Mini tiene también un padre, una madre y una abuela. La madre se llama Lisi. El padre se llama Peter. La abuela se llama Cili.

(Pero nadie la llama así. Todos la llaman ABUELA. ¡Incluso el padre, a pesar de que ella es su madre!)

8. Mini suele estar contenta con su padre, con su madre y con su abuela. Porque ellos también están contentos con ella. Mini es una niña muy buena.

9. A veces Moritz se porta muy mal con Mini. Pero cuando Mini tiene algún problema, él es muy cariñoso con ella. ¡Y entonces Mini se da cuenta de que en realidad la quiere!

Por lo general, a Mini las cosas le van estupendamente. Pero últimamente tiene una pequeña preocupación: le gustaría saber hacer algo «maravillosamente bien». Ocurre lo siguiente:

Maxi canta como los ángeles. Todos los niños de la clase la admiran por ello. Y cuando en el colegio se celebra una fiesta, Maxi siempre canta una canción. ¡Ella sola! ¡Y a la directora del colegio se le saltan las lágrimas de la emoción!

Xandi pinta y dibuja maravillosamente. No sólo casas, árboles, flores y coches. Cuando dibuja a una persona, en seguida se reconoce de quién se trata. Y cuando pinta durante el recreo, todos los niños rodean su mesa y miran cómo lo hace.

Gabi baila muy bien. Hace tres años que va a clase de ballet. A veces se lleva las zapatillas de baile al colegio y en la clase de gimnasia baila un poco ante los demás niños. ¡Hace puntas! Y luego todos los niños la aplauden entusiasmados.

Y Michi y Berti son las estrellas de la piscina. Han ganado ya dos medallas cada uno. ¡Y una copa! Mientras los demás niños hacen ejercicios donde hacen pie, ellos nadan como delfines en la parte honda.

Y Daniela toca el piano tan estupendamente que la profesora le ha dicho:

—Algún día serás una pianista famosa.

Daniela ni siquiera necesita partitura. Oye una melodía y en seguida la puede tocar al piano.

El problema de Mini es el siguiente: ella canta bien; también hace unos dibujos muy bonitos. Incluso sabe bailar un poco y tocar con un dedo un par de canciones en el piano. Y también nada bien, ¡braza y espalda! Pero nada de eso lo hace tan «maravillosamente» como para que los demás niños la admiren por ello. ¡Y a Mini le gustaría mucho que la admiraran al menos un poquito!

A veces Mini se tumba en la cama, cierra los ojos y se imagina que sabe hacer algo «maravillosamente». Y que todos la admiran.

Piensa que, en la piscina, sube al trampolín de tres metros. Abajo están

todos los niños de su clase. Gritan:

—¡Mini, déjalo! ¡Te vas a dar un planchazo y te vas a hacer daño!

Pero Mini avanza lentamente hasta el extremo del trampolín, toma impulso y se lanza al agua más derecha que una vela. Se hunde en el agua sin salpicar, sale de nuevo a la superficie y saluda a los niños. Y éstos exclaman:

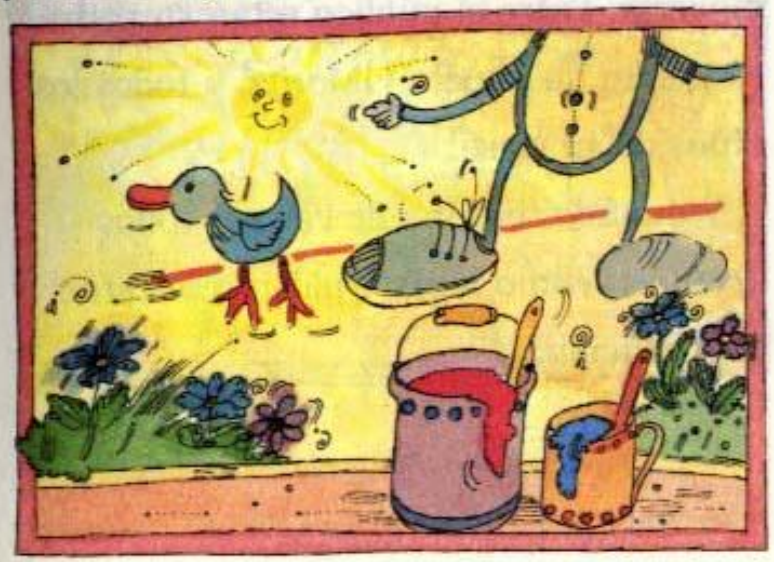
A Mini también le gusta imaginar que es un «talento» pintando. Y la directora le dice:

—Debemos aprovechar tu talento. Por favor, pinta todo el colegio de colores.

Y Mini responde:

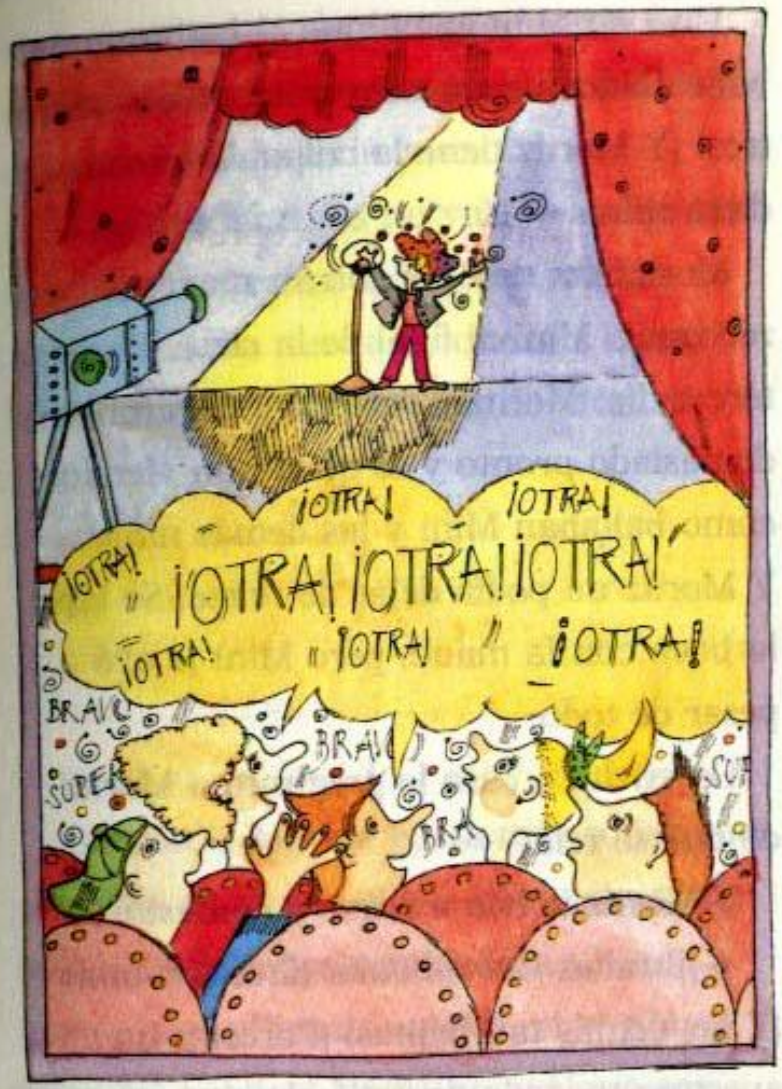
—Está bien, lo haré.

Entonces llegan unos obreros y colocan unos andamios en el colegio. Y Mini trepa por los andamios y pinta las paredes. ¡Hasta el tejado!



Cuando Mini imagina que canta muy bien, no se conforma con un «solo» en la fiesta del colegio. ¡La descubre la televisión! ¡Y sale en un programa de espectáculos! La ponen muy guapa. Con el pelo de todos los colores del arco iris y unos pantalones ajustados de tela brillante. Con una cazadora de cuero y diez cadenas de plata alrededor del cuello. Le llegan hasta el ombligo y no paran de moverse. Entre el público están su padre y su madre, la abuela y Moritz, y todos los niños de su clase.

Y cuando termina de cantar, todos aplauden como locos y piden que cante otra canción.



Mini no se imagina que es bailarina de ballet. Hace un año dio clases. ¡Pero sólo tres! ¡Y Moritz tiene la culpa de que no diera más!

Moritz iba siempre con su madre a recoger a Mini al final de la clase. El tercer día, Moritz y su madre llegaron demasiado pronto y se quedaron viendo cómo bailaban Mini y las demás niñas. Y Moritz no podía dejar de reírse. Se tapó la boca con la mano, pero Mini le oyó a pesar de todo.

De vuelta a casa le preguntó a Moritz de qué se reía.

Y Moritz volvió a reírse y contestó:

—¡Estabas tan ridícula! ¡Eres tan alta! ¡Y las demás tan bajitas! ¡Parecías un avestruz rodeado de patitos!

¡Y a Mini se le pasó toda la ilusión por el ballet! Se negó a volver a clase. A pesar

de que su madre le dijo que Moritz no entendía absolutamente nada de ballet y que no debía hacerle caso.

—Lo que tú digas no vale —le dijo Mini muy triste a su madre—. Las madres no se dan cuenta nunca de que sus hijos están ridículos. Me fío más de Moritz.

Por eso, a Mini le gusta más soñar con un circo en el que ella —completamente sola— baila sobre una cuerda situada a gran altura. Piensa: «¡Aquí estoy muy lejos del público! Nadie notará que soy demasiado alta para ser bailarina de ballet».

Pero cuando Mini abre de nuevo los ojos, sabe muy bien que sus hermosos sueños nunca podrán hacerse realidad. Y entonces se siente muy triste. Pues considera que es muy injusto que algunos

niños tengan «talentos maravillosos» y otros no. ¡Y que ella sea precisamente uno de esos que no los tienen!

Mini se lo explicó una vez a su madre. Pero no la entendió. Se rió y dijo:

—¡Mini, tú eres mucho mejor! Sabes un poco de todo. Eso resulta más útil que saber mucho de una cosa y absolutamente nada de todo lo demás.

Pero Mini no se quedó satisfecha con aquella respuesta. ¡Está convencida de que los niños con un talento especial para algo también saben de otras cosas!

Maxi sabe nadar tan bien como Mini. ¡Y Xandi canta igual de bien que Mini! ¡Y Berni pinta incluso mejor que Mini!

Cuando Mini se lo explicó a su madre, ésta volvió a reírse y dijo:

—¡Eres una niña de lo más normal! Debes conformarte con eso.

Una tarde Moritz estaba haciendo los deberes y le preguntó a su madre:

—¡Rápido! ¿Cuánto son quince por quince?

Y Mini contestó al instante:

—¡Doscientas veinticinco, querido hermanito!

Su madre se quedó viendo visiones y preguntó:

—¿Cómo lo has sabido?

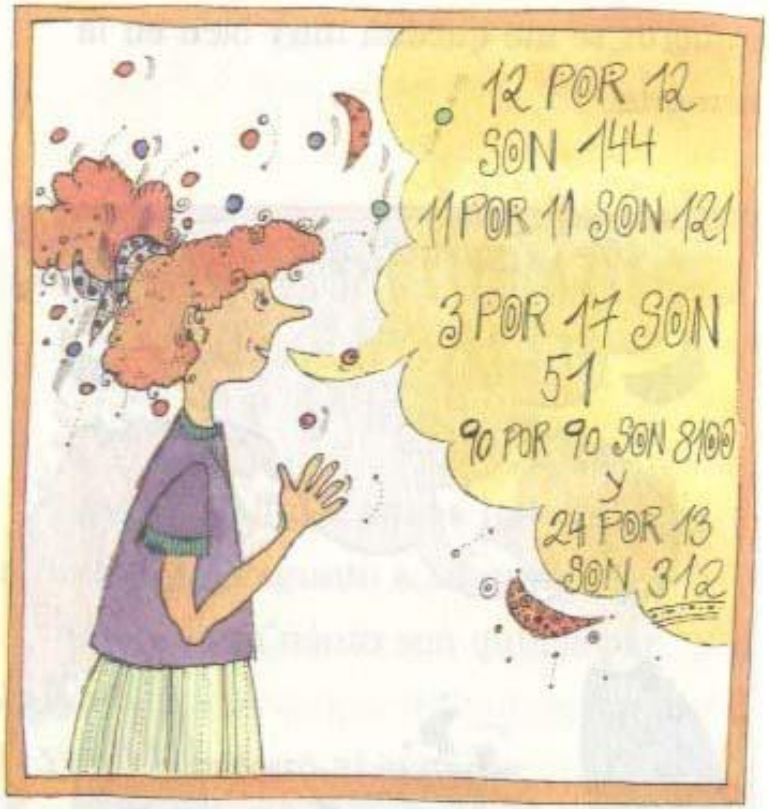
Mini respondió:

—Porque ayer se lo dijiste a Moritz. Los números se me quedan muy bien en la memoria.

Mini se apoyó las manos en la cintura y exclamó:

—¡Me sé todas las cuentas que te hace mamá!

Y empezó a recitar:



Y entonces Moritz también se quedó viendo visiones, a pesar de que eso no

suele ocurrirle nunca. Miró boquiabierto a su hermana y luego dijo:

Muy contenta, Mini se puso colorada. Pensó: «¡Bien! ¡Entonces, no soy una niña tan normal! ¡Yo también tengo un talento especial!»

Durante los tres días siguientes, Mini se pasó —en secreto— horas y horas aprendiendo números de memoria. ¡Incluso por la noche, en la cama! ¡Se aprendió el libro de matemáticas de Moritz entero! ¡Y en la agenda de papá también encontró unas páginas llenas de números,

de los que se aprendió más de la mitad! Y luego hojeó algunos volúmenes de la enciclopedia y encontró cifras verdaderamente interesantes.

Papá, mamá y Moritz se dieron cuenta de que Mini no paraba de repetir números en voz baja.

—¿Por qué lo haces? —le preguntaron.

—¡No sé! ¡Me divierte! —dijo Mini mintiendo.

¡No quería que los tres se rieran de ella! Y seguro que lo habrían hecho si hubieran conocido el verdadero motivo de aquel continuo murmullo.

¡A la mañana siguiente, Mini salió muy orgullosa de su casa! Hasta Moritz notó que estaba diferente a otros días. Corrió a su lado y le preguntó:

—¿Por qué pones esa cara tan cómica?

—No pongo ninguna cara —dijo Mini.

—¡Claro que sí! —soltó Moritz—. ¡Pones cara de señora importante!

—Y si es así —dijo Mini majestuosa—, ¡a ti qué te importa!

—¡Tonta del bote! —gritó Moritz.

Se detuvo y esperó hasta que Mini llegara a la esquina. Luego, siguió andando. Y tuvo mucho cuidado de que la distancia entre ambos no se redujera.

En la panadería de la calle principal, Maxi estaba esperando a Mini. Lo hacía todos los días de colegio.

—¡Hola, Mini! —dijo Maxi.

—¡Hola, Maxi! —dijo Mini.

Maxi señaló sus pantalones y preguntó:

—¿Qué te parecen? Son del año de la polca, ¿no? ¡No sé por qué tengo que heredar todo de mis hermanas mayores! ¡No me sorprendería que un día me hicieran ponerme también su viejo aparato en los dientes!

Mini señaló un escaparate por el que pasaban en ese momento. Dentro había un montón de sartenes, y tras ellas un gran cartel:

¡SUPEROFERTA!
¡SÓLO 450 CHELINES UNIDAD!

Entonces, Mini miró a Maxi y le dijo:

Y Maxi siguió quejándose de sus pantalones pasados de moda. ¡Que era la última vez que le pasaba!

¡Mini se quedó un poco decepcionada!

En la puerta del colegio estaba Xandi. Impaciente, daba saltos sobre un pie y luego sobre el otro.

—¡Daos prisa! ¡Va a sonar el timbre en seguida!

Mini sonrió y dijo:

—La hora tiene sesenta minutos, y cada minuto, sesenta segundos. Eso hacen

tres mil seiscientos segundos. ¿Qué importa que nos retrasemos unos cuantos?

—¿Desde cuándo te da igual? —preguntaron Maxi y Xandi, sorprendidos de que a Mini le diera igual llegar tarde, pero no de que supiera cuánto eran sesenta por sesenta.

Mini se sintió todavía más decepcionada. Pero pensó: «¡En mi clase hay veintiséis niños!»

Dos de estos niños, Gabi y Dani, adelantaron a Mini en la escalera cuando subían al primer piso. Mini los alcanzó y les dijo:

—Hay veinticuatro escalones entre piso y piso. ¡En total, desde el sótano hasta el tejado, hay noventa y seis escalones!

—¡Puedes estar segura! —dijo Gabi riéndose.

Entre la escalera y la clase, Mini se encontró a Berti. Llevaba el tiesto que solía estar sobre la mesa de la profesora.

Casi todas las flores estaban mustias y las hojas tenían manchas marrones y grises. Berti dijo:

—Voy a bajársela al conserje. Él entiende de plantas. La profesora piensa que las raíces tienen demasiada humedad.

Mini carraspeó y, luego, dijo:

—¡La raíz cuadrada de ochenta y uno es nueve! ¡Y la raíz cuadrada de ciento veintiuno es once!

Berti y Xandi miraron a Mini muy sorprendidos. Dani sacudió la cabeza. Gabi puso los ojos en blanco y se tocó la frente con el dedo.

Y Maxi suspiró, tomó a Mini del brazo, la llevó dentro de la clase y le preguntó:

Y, luego, Mini le explicó que también se sabía al menos cincuenta multiplicaciones largas. ¡Y el número de habitantes de cien ciudades!

Maxi suspiró de nuevo, se sentó en su sitio y miró a Mini con preocupación. Como si Mini se hubiera vuelto loca de pronto. Mini se dio cuenta. ¡No quería que nadie pensara que estaba loca! ¡Y menos su mejor amiga! Y, además, no le pareció nada bien que precisamente ella no entendiera lo que pasaba.

Mini sacó sus cosas de la cartera, dejó los libros, los cuadernos y el estuche

de lápices sobre la mesa y dijo con malicia:

—Tú cantas muy bien. ¡Pues yo sé contar también muy bien!

—¿Y? —le preguntó Maxi, esperando una respuesta. Pero Mini no respondió. Sacó del estuche el sacapuntas y los lápices de colores y empezó a sacar punta al lápiz rojo.

Maxi siguió hablando:

—Pero eso no te obliga a recitar números continuamente. ¡Ni raíces cuadradas tampoco! ¡Sobre todo, cuando ni siquiera sabes lo que son!

Y luego añadió:

—¿A quién le interesan los números?

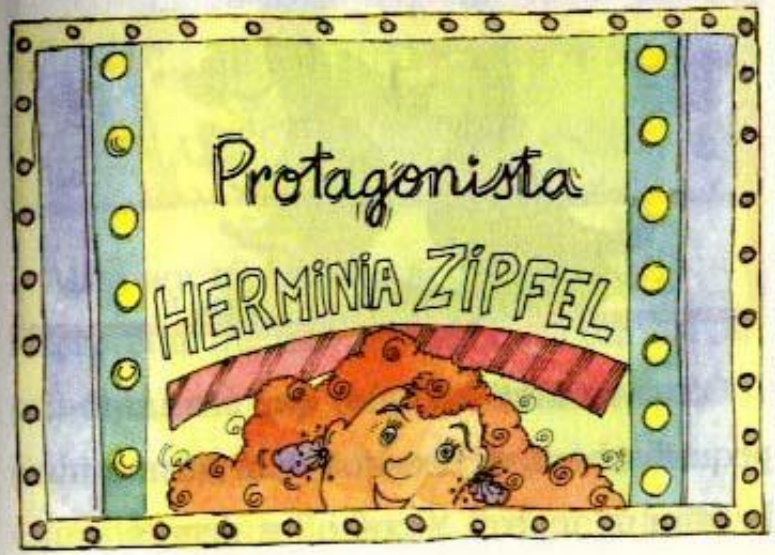
Mini no tuvo más remedio que aceptar la realidad: no todos los «talentos» causan la admiración de los niños.

Mini se sentía bastante fastidiada por haber desperdiciado tres bonitos días aprendiendo aquellos estúpidos números. Y decidió: «¡A la porra el talento matemático! Buscaré otra cosa».

Y como estaba ya un poco aburrida de sus viejos sueños, pensó algo nuevo. Todas las tardes se tumbaba en la cama

e imaginaba que era una actriz de gran talento. Trabajaba en obras de teatro para niños. Y siempre interpretaba el papel protagonista.

En la puerta del teatro había un gigantesco cartel con su foto. Estaba rodeado de cientos de pequeñas bombillas. Por la noche se encendían. Así, toda la ciudad podía admirar a Mini tanto de día como de noche.



Mini imaginó muchos personajes. Una vez hizo de Blancanieves. Llevaba una peluca muy negra. Los tirabuzones le colgaban por la espalda hasta la cintura. Y llevaba los labios pintados de color rojo fuerte. Se había tapado las pecas con una espesa capa de polvos blancos. ¡Si no, su cara no habría sido blanca como la nieve!

Otra vez Mini imaginó que era una pequeña hada del bosque. Ella misma ideó la obra de teatro. Y como los demás

personajes tenían que ser mucho más altos que la pequeña hada del bosque, el director buscó por todo el país personas que midieran más de dos metros. Ellas interpretaban a los adultos, y los adultos normales interpretaban a los niños.

Mini era tan buena actriz que podía interpretar incluso papeles masculinos. ¡El príncipe azul, por ejemplo! Al final de la primera representación le lanzaron diez enormes ramos de flores. Porque a todos

los espectadores les había gustado mucho su actuación.

El papel favorito de Mini era ¡Robin Hood!, ése que vive en el bosque y roba a los ricos para entregárselo a los pobres. Al final de cada representación de Robin Hood, Mini saltaba desde el escenario al patio de butacas y repartía dulces y caramelos entre los niños.

Naturalmente, Mini no contó a nadie aquellos sueños tan emocionantes.

Un día, la señora Huber, la profesora de Mini, dijo:

—Niños, ¿no os gustaría tener en clase un rincón donde pasar el tiempo libre? ¿Con gruesos almohadones, un par de muñecos de peluche y muchos libros? Sería un buen sitio para estar durante el recreo.

A todos los niños les pareció una idea fantástica.

—¡Pero eso cuesta dinero! —dijo la señora Huber—. Y, por desgracia, el colegio no nos lo dará.

Xandi exclamó:

—¡Podríamos ahorrar algo de nuestras pagas!

Gabi contestó:

—¡Tardaríamos muchísimo tiempo en reunir el dinero!

Y Maxi añadió:

—¡Además, a mí no me dan paga en casa!

—¡Tengo una idea para conseguir el dinero! —dijo la señora Huber—. Prepararemos una obra de teatro. Luego, haremos una representación. ¡Invitaremos a vuestros padres! ¡Y también a vuestros abuelos, tías y tíos! ¡Y tendrán que comprar las entradas!

¡A los niños les pareció una idea totalmente fantástica! ¡Y en seguida empezaron a pensar qué obra podrían representar!

¡Pero casi todos eligieron algo de animales! Y la señora Huber dijo:

—¡Haremos lo que quiera la mayoría!

Los niños empezaron a pensar qué podría ocurrir en su obra de teatro. ¡Incluso llegaron a pelearse entre sí! Pero

al final de la semana ya se habían puesto todos de acuerdo. El argumento era el siguiente: Los animales no están contentos porque los hombres destruyen la naturaleza. «Así no podemos seguir viviendo», dicen. Y el conejo, que no es tan tímido como a menudo se piensa, convence a los demás para que vayan a hablar con los hombres. Todos los animales siguen al conejo hasta la ciudad. En las afueras, junto a un lago, se encuentran a unos niños. Les gustaría bañarse. Pero en la orilla del lago hay un cartel que dice:

¡AGUA CONTAMINADA!
¡PROHIBIDO BAÑARSE!

El conejo les explica a los niños por qué van los animales a la ciudad. Los niños le

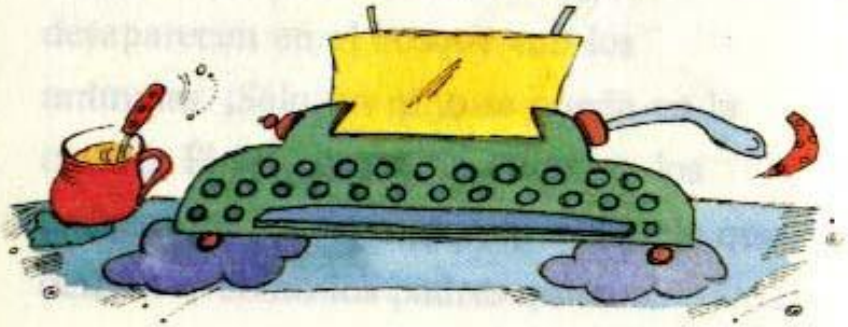
cuentan al conejo que a ellos también les preocupa el asunto, pero que los adultos no están dispuestos a cambiar; que hablan mucho, pero no hacen nada. Entonces se les ocurre una idea: los niños regresan a la ciudad y van diciendo a los demás niños al oído: «¡Corre la voz! Mañana a las siete, junto al lago! ¡Con ropa de abrigo! ¡Nos iremos al bosque con los animales y no regresaremos hasta que los adultos prometan que no van a seguir destruyendo la naturaleza!»

¡Todos los niños de la ciudad acuden a la cita!

A las siete están junto al lago y desaparecen en el bosque con los animales. ¡Sólo un niño se queda en la ciudad! Él será quien les cuente a los padres, que ya están desesperados, lo que ocurre. Y como los padres quieren

recuperar a sus hijos, van a hablar con el alcalde y le piden que haga mejores leyes. Debe prohibir todo aquello que destruye la naturaleza. ¡El alcalde está de acuerdo! Los niños vuelven a casa, y hay un final feliz en el que los animales, los niños y los padres bailan con el alcalde.

La señora Huber pasó la obra a máquina durante el fin de semana. ¡Estaba todo escrito, hasta la lista de los personajes! Y el lunes la llevó al colegio y se la leyó a los niños. ¡A todos les gustó mucho! ¡Era tal como la habían imaginado! Y entonces hubo que repartir los papeles. El papel principal era,



evidentemente, el del conejo. Era el que más tenía que hablar y actuar. ¡Desde el principio hasta el final!

—¿A quién le gustaría ser el conejo? —preguntó la señora Huber.

Muchos niños levantaron la mano muy alto y movieron mucho los brazos. Mini también la levantó. Pero muy tímidamente.

¡Nadie en la clase se dio cuenta de que a Mini también le habría gustado ser el conejo! ¡Ni siquiera la señora Huber!

—¡Pero el que interprete el papel del conejo —dijo la señora Huber— tendrá que aprenderse de memoria un texto bastante largo! Y también tendrá que saber cantar. En la obra el conejo canta una canción.

Entonces, la mayoría de los brazos empezaron a bajarse. Sólo Xandi, Gabi y Maxi seguían queriendo interpretar el papel. Mini también bajó sus dos dedos. «¡Yo no sé cantar tan bien como Maxi!», pensó. «¡Y la señora Huber siempre dice que decida la mayoría cuando no estamos todos de acuerdo! ¡Y seguro que la mayoría no me elige a mí para ser el conejo!»

Efectivamente, la profesora dejó que los

niños decidieran quién debía interpretar el papel del conejo. ¡Y todos los niños eligieron a Maxi!

Luego, se repartieron los demás papeles. Mini no levantó la mano para ninguno más.

Pero como la señora Huber había inventado un papel para cada niño, al final sobró uno. Y Mini tuvo que aceptarlo. Era un gusano que sólo decía una frase durante la reunión de los animales:

Mini hizo como si estuviera muy contenta con su papel. No sólo en el colegio. ¡También en casa!

Su madre le preguntó:

—¿Por qué has elegido un papel tan corto?

Y Mini respondió:

—¡Hacer teatro es una estupidez! ¿Para qué sirve?

Sin embargo, por la tarde, en su cama, Mini soñaba que le habían dado el bonito papel del conejo. ¡Todos los días se lo imaginaba! Y como Mini tenía muy buena memoria no sólo para los números, sino también para las palabras, en seguida se aprendió todo el texto del conejo de memoria. Pero no se lo aprendió a propósito.

Es que durante los ensayos Maxi lo tenía que repetir muchas veces, ¡porque ella no tenía nada de memoria! Y Mini estaba siempre allí, esperando a que al gusano le tocara decir su frase. ¡De tanto escucharlo, Mini se sabía cada frase del conejo!

Y cuando, por la tarde, estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados, recitaba —en voz baja— todo el texto. ¡Desde el principio hasta el fin!

Y cuando Mini estaba muy segura de que ni Moritz, ni papá ni mamá podían

oírla, cantaba muy bajito la canción del conejo:

¡SOS, a todos los animales del mundo!
¡SOS, debe haber un cambio profundo!
Todos nosotros estamos muy mal,
hay que cuidar el mundo animal,
hay que defender todas sus cosas.
Por eso pido a osos, cangrejos y mariposas,
serpientes, ballenas y abejas,
gusanos, pájaros y ovejas,
vacas, osos y ratones,
cocodrilos, cigüeñas y leones,
ciervos, conejos y demás animales
que acudan a la reunión puntuales.
¡SOS, algo tenemos que hacer,
si no, vamos todos a perecer!

El último día de clase antes de las vacaciones de Semana Santa, padres, abuelos y tíos estaban invitados al colegio para asistir a la representación de la obra de teatro. ¡Se vendieron ciento veinte entradas! El portero se pasó toda la mañana llevando sillas al gimnasio, y al final les dijo a los niños respirando con dificultad:

La función debía empezar a las cinco. Diez minutos antes ya habían llegado todos: padres, madres, abuelos, abuelas, tíos y tías. Los niños estaban ya vestidos, esperando en los vestuarios. Sólo faltaba Maxi.

—¿Dónde se habrá metido? —preguntaba la señora Huber cada diez segundos.

Cinco minutos antes de las cinco, llegó la directora del colegio al vestuario.

—Niños, lo siento, pero ha ocurrido algo —dijo—. La mamá de Maxi acaba de llamar por teléfono. Maxi se estaba peleando con su hermana y se ha roto un dedo. Ahora está en el hospital y le están escayolando la mano.

—¿Y nuestra función de teatro? —exclamaron los niños—. ¡No podemos hacerla sin el conejo!

—No, no podemos —dijo la señora Huber muy triste—. Tendremos que suspender la función y devolver el dinero de las entradas.

Los niños estaban muy apenados. A algunos incluso se les saltaron las lágrimas.

Entonces, Mini se acercó a la señora Huber y le dijo:

—¿De verdad? —exclamaron la señora Huber y la directora.

Como Mini asintió, la señora Huber cogió el traje de Maxi y en un segundo convirtió a Mini en un auténtico conejo. ¡Con la cola corta y las orejas largas! Y luego la directora empujó a Mini fuera del vestuario, y ahí estaba de pronto Mini

sola ante las madres y los padres, las abuelas y los abuelos, las tías y los tíos.

Mini sintió un cierto hormigueo en la tripa. Pero en seguida oyó la voz de la señora Huber que llegaba desde el vestuario. Decía:

—¡Suerte, Mini! ¡Tú puedes hacerlo! ¡Adelante!

Y entonces Mini se sintió ya bastante mejor. Hizo una reverencia ante el público, tosió ligeramente y empezó:

—Querido y respetado público:
¡Hasta a un conejo le parece estúpido!

El hombre ha enloquecido,
y el agua, la tierra y el aire ha destruido.

Luego salió el león al escenario y dijo:

Como Mini no volvió a estar sola en el escenario, en seguida se le pasó el hormigueo de la tripa. Las frases le salían sin problemas. ¡No se olvidó de ninguna! ¡Ni siquiera dudó una sola vez! Interpretó el papel del conejo tan bien que las madres y los padres, los abuelos y las abuelas, los tíos y las tías aplaudieron varias veces en medio de la representación. ¡Y cuando se acabó la función, aplaudieron todos como locos! ¡Durante cinco minutos! Pero no aplaudían sólo a Mini. Todos los niños lo habían hecho muy bien. ¡Aunque Mini había estado un poquito mejor! ¡Y eso que no se había estudiado el papel ni lo había ensayado!

Todos los niños felicitaron a Mini. Exclamaron:

—¡Has sido nuestra salvación! ¡Sin ti se habría echado todo a perder!

¡Ningún otro niño de la clase había sido tan admirado nunca!

Y Moritz corrió por todo el gimnasio diciéndole a todo el mundo:

Y papá y mamá le dijeron a la abuela:

—¿Ves? ¿A que tienes una nieta maravillosa?

Y la abuela les dijo a papá y mamá:

—¡El talento lo ha heredado de mí!

Y Mini pensó:

Y a partir de ese día, Mini no volvió a soñar más. ¡Se conformaba con que la hubieran admirado en aquella ocasión!

serie MINI

A partir de 7 años

TODOS LOS COMPAÑEROS DE MINI SABEN HACER ALGO ESPECIAL. MAXI CANTA MUY BIEN, XANDI DIBUJA MARAVILLOSAMENTE, GABI BAILA COMO LOS ÁNGELES... PERO ELLA NO SABE HACER NADA FUERA DE LO COMÚN. ASÍ QUE TIENE QUE INVENTARSE OTRAS VIDAS.

LA AUSTRIACA CHRISTINE NÖSTLINGER FUE GALARDONADA EN 1984 CON EL PREMIO HANS CHRISTIAN ANDERSEN. EDICIONES SM HA PUBLICADO TAMBIÉN SUS LIBROS *ANA ESTÁ FURIOSA*, *¡QUE VIENE EL HOMBRE DE NEGRO!*, *SIMSALABIM*, *FEDERICA LA PELIRROJA*, Y LAS SERIES DE SUSI Y PAUL Y MINI.

ISBN 84-348-9459-9

103042

9 788434 894594